

de rutina que toda mujer francesa sabe hacer : aunque le gusta el retiro y huye del *gran mundo*, confiesa que se considera muy obligada al marqués por haberle procurado un conocimiento tan estimable y tan cumplido; pero lo que siente es no saber cómo procurarte diversión, porque nunca permite que se juegue en su casa más allá de un franco; si tú quieres divertirte en tan corto juego hasta la hora de cenar, *enhorabuena*. En consecuencia te diviertes en juego tan pequeño, y la distinguida sociedad tiene cuidado de dejarte ganar unos quince francos, lo cual les procura la oportunidad de celebrar tu suerte y tu talento en el juego. Llega la hora de la cena, que es muy buena, seguro de que tú la pagarás. La marquesa se encarga de hacer los honores con la mayor pulidez, se muestra sentimental, habla de *buenas costumbres y de moral*, condimentando sus discursos con no poca jovialidad, y dirigiendo algunas ojeadas que te dicen que no debes desesperar con el tiempo. Después de la cena se menciona como por casualidad el Faraón ó el Sacanete. El caballero propone uno de estos juegos para pasar el rato; la marquesa hace exclamaciones al oír la proposición y declara que no lo permitirá : pero cede al fin bajo promesa de que sólo será por *bagatelas* : Este es el momento deseado y la operación comienza. Lo mejor que puede acontecer es ver tus bolsas vacías; si permaneces un poco más perderás tu reloj ó tu caja de polvos ó quizá serás asesinado para mayor seguridad. Esto, te lo aseguro, es una pintura fiel de lo que acontece diariamente en París á los extranjeros sin experiencia.

Recibe siempre con mucha frialdad las cortesías y el celo de aquellos sujetos que se te mostraren muy oficiosos á primera vista, y ten siempre cuidado de hallarte comprometido de antemano, sea cual fuere la diversión con que te brindaren. Puede muy bien suceder que en las reuniones numerosas de buena compañía, halles algunos de estos caballeros tan solícitos como seguros de ganar tu dinero con sólo que logren persuadirte á que juegues con ellos; y así te encargo que establezcas como máxima invariable no jugar con hombres, sino sólo con mujeres de distinción, por poco interés, ó bien con hombres y mujeres á la vez; mas al mismo tiempo, siempre que se te proponga jugar más fuerte de lo que te conviniere, no te excuses con aire grave y sentencioso, alegando la locura de arriesgar lo que no podrías perder sin inconveniente, por ganar aquello de que no tienes ninguna necesidad; trata por el contrario, de esquivar estas

invitaciones con aire ligero y jocoso : di que si estuvieses seguro de perder, quizá te decidirías á jugar, pero que pudiendo muy bien favorecerte el naípe, temes el estorbo de las riquezas, desde que sabes lo embarazosas que fueron á *Arlequin*, y que por lo tanto te hallas resuelto á no aventurarte á ganar más que dos luises diarios. Este burlón y ligero modo de evitar las invitaciones del vicio y de la locura, conviene mejor á tu edad, y produce un efecto más seguro que una negativa grave y filosófica. Un joven que parece no tener voluntad propia, y que hace todo cuanto se le pide, pasa por *buen muchacho*, pero al mismo tiempo se le tiene por un badulaque. Manéjate con prudencia sobre principios sólidos, y guiado de verdaderos motivos; pero no los comuniques, ni hables nunca en tono sentencioso. Cuando se te invitare á beber, di que desearías dar gusto á todos los concurrentes, pero que se necesita tan poca cosa para trastornar tu cabeza y ponerte malo, *que le jeu ne vaut pas la chandelle*.

Te encargo que muestres muchas atenciones y hagas la corte á M. de la Guérinière, que lleva mucha amistad con el príncipe Carlos y con otras personas de París de primera clase; su recomendación te procurará mucho crédito y te será muy útil en la academia.

Por las razones que te expuse en mi última, deseo que vivas como pensionario en la academia durante seis meses, pasados los cuales te prometo que te establecerás en un *hôtel garni*, si es que para entonces no me queda duda de que eres estimado en las mejores sociedades. Nada te falta ahora, gracias á Dios, sino las perfecciones exteriores, el lustre, el uso del mundo y las gracias, cosas necesarias para adornar y consolidar el verdadero mérito; estas prendas pueden adquirirse en la buena sociedad, y en Francia más que en ninguna otra parte. Las ocasiones no te faltarán, porque yo te enviaré cartas que te establecerán en las compañías más distinguidas, no sólo del mundo elegante, sino de los ingenios sobresalientes. Consagra pues, todo este año á tu educación final, y no permitas que la disipación, la ociosidad, las bajas seducciones y los malos ejemplos, te hagan perder de vista aquel importante objeto. Pasado este año, harás lo que te parezca; no me ingeriré más en tu conducta, porque entonces estaremos tú y yo fuera de peligro. Á Dios (a).

(a) Abril 27. El autor á Mr. Dairolles :

. . . . . Es muy cierto que después de una serie de dificultades que,  
T. I.

LONDRES, 30 de Abril de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

M. Harte, que en todas sus cartas halla hueco para encomiarte, me dice en su última una cosa que me agrada en extremo, y es, que en Roma has preferido constantemente las asambleas italianas á los corrillos ingleses, que en oposición á aquellas han formado las bellas rebeldes de nuestra nación. Esto prueba que tienes juicio y que sabes cuál es el objeto de tus viajes. Es mucho más importante conocer *mores multorum hominum quam urbes*. Te encargo que observes en todas partes esta juiciosa conducta, principalmente en París, porque allí hallarás, en vez de treinta, trescientos ingleses en gavilla, sin hablar con ningún francés.

La vida regular, ó irregular si te parece, de los *Milores ingleses* en París, es ésta : luego que se levantan, que es muy tarde, almuerzan juntos perdiendo en ello dos horas largas; en seguida montan en coche que los lleva al Palacio Real, á los Inválidos y á la Catedral; de allí, al Café inglés, en donde disponen una partida de taberna para comer; de la comida, en que beben copiosamente, van en grupo á la comedia, con ricos vestidos, pero muy mal hechos por algún sastre escocés ó irlandés; de la comedia vuelven á la taberna donde se embriagan, riñen entre sí, ó arman alguna pendencia en las calles y los recoge la ronda. Los que no hablan francés antes de ir á París, es seguro que allí no lo aprenden : dirigen sus tiernos votos á su lavandera irlandesa, á no ser que casualmente den con alguna inglesa ambu-

creo, jamás se suscitaron por cosa tan pequeña, Mr. Harte ha obtenido por último una prebenda de Windsor. Me alegro muchísimo de ello, porque habiendo pagado esta deuda, no debo nada á hombre viviente. Como es necesario que venga aquí para tomar posesión de su asiento, le he escrito que traiga al muchacho á París y lo establezca en la academia de La Guerinière, *pour le dégourdir, le dégraisser et le décroter*. Algunos pasos adecuados se han tomado ya para esto en Roma...

. . . . . Cuando llegare á París le enviaré una carta de recomendación para *Son Excellence Madame de Berkenroodt; valeat quantum*. En todo caso le será muy útil frecuentar esta casa. *Vous y mettez du vôtre aussi, s'il vous plait*, escribiendo una ó dos palabras en su favor á aquella señora, ó á su marido, ó bien á ambos. Os ruego compréis ocho docenas de botellas del vino exquisito de que me habláis, y mandando empa-carlas cuidadosamente las remitáis á París á *Madame la Marquise de Monconseil*.

lante, escapada de su marido ó de sus acreedores. De este modo regresan á su patria más petulantes, pero no más instruídos que cuando salieron de ella; ostentan lo que se les figura que han ganado; afectan vestirse á la francesa y chapurrean esta lengua atropellando las palabras y haciendo mil pausas.

*Hunc tu, Romane, caveto.*

Lígate únicamente con hijos del país cuando estuvieres en Francia; instrúyete con los viejos y diviértete con los jóvenes; confórmate complacientemente con sus costumbres y aun con sus pequeñas locuras, pero de ningún modo con sus vicios. Sin embargo, guárdate de tomar el tono de censor ó de predicador, que no va bien con tu edad. Generalmente hablando, no hallarás en las sociedades francesas mucho saber; ten pues cuidado de no echarles el tuyo en rostro. Las gentes odian á todo aquel que les hace sentir su inferioridad (a). Oculta cuidadosamente tu saber, reservándolo para los eclesiásticos ó los abogados; y aun antes de mostrarte presuroso de darlo á conocer, deja que te lo saquen por fuerza; en cuyo caso se creará que tus conocimientos son más extensos de lo que parece, y con un mérito más, el de la modestia. Si un hombre erudito afecta mostrar lo que sabe, da motivo para que se dude de su ciencia, y se le tiene por superficial; si después no puede negarse que sabe, pasa por pedante. El verdadero mérito, en todo género *ubi est, non potest diu celare*, se descubre tarde ó temprano, y nada puede hacerlo desmerecer sino el vano ahinco de mostrarlo; quizá no es siempre recompensado como merece, pero siempre se reconoce su valor. Generalmente hallarás en París, que las mujeres del gran mundo son más instruídas que los hombres, porque éstos son educados para

(a) Nunca delante de muchos  
Parecer más sabio quieras,  
Que el hablar con magisterio  
Hace á los otros ofensa :  
Y aunque sepas más que todos,  
Será menester que entiendas  
Que de ello no has de hacer caso,  
Para que bien quisto seas ;  
Que no es sabio el que presume ;  
Porque yo ser más quisiera  
Con humildad ignorante,  
Que entendido con soberbia.

(FRAGOSO.) Tr.

el ejército y lanzados en él á la edad de doce ó trece años; pero esta clase de educación, que los priva del conocimiento de las letras, les procura el del mundo y unos modales desembarazados y corteses.

La moda es más tiránica en París que en ninguna otra ciudad del mundo, y más absoluta que el rey mismo, que es mucho decir. Cualquiera que se rebela contra ella es proscrito; y así es necesario que observes todas aquellas *minucias* y que te sometas á ellas, si quieres ser contado entre los hombres de moda; bien entendido de que si no es así, no serás nada. Introdúctete, á todo trance, en las sociedades de hombres y mujeres que dan el tono y aunque al principio sólo se te admita en este teatro brillante como *persona muta*, persiste, persevera y pronto se te dará papel que desempeñar. Ten cuidado de no repetir en una compañía lo que hubieres visto ú oído en otra, y mucho menos de divertir á ésta á costa de aquélla; por el contrario, procura que la discreción y el secreto sean las señales distintivas de tu carácter y ambas cualidades te llevarán más lejos y con más seguridad que los talentos más sublimes. Guárdate de riñas en París: el honor es allí muy cosquilloso, á pesar de la severidad de las leyes para los que quieren sostenerlo por vías de hecho. Por lo tanto, abstente de *chanzas pesadas, de juegos de manos y de burlas picantes*.

París es el lugar más preferente del mundo para unir, si quieres, lo útil con lo agradable. Tus placeres mismos te serán provechosos si te los procuras entre las sociedades de primera clase. El modo con que hasta ahora te has manejado por todas partes, me hace creer que en París te comportarás como es debido. Acuérdate que éste es tu momento decisivo; todo cuanto allí hicieres será conocido aquí por millares de personas, y tu reputación, sea cual fuere, te tomará la delantera, y la hallarás en Londres á tu regreso.

¡Ojalá y ambos tengamos razón para felicitarnos en esta entrevista! Á Dios.

LONDRES, 8 de Mayo de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

El amor á los placeres es muy natural en tu edad y no indecoroso el goce de ellos; mas el riesgo está en errar el objeto y soli-

citarlo por el mal camino. La fama de un hombre de placer deslumbra á los jóvenes, que, no viendo claramente el sendero que deben seguir, toman el del vicio y de la disolución. Yo recuerdo un ejemplo patente de esto, sucedido ha muchos años. Un joven determinado á brillar como hombre de placer, asistía á la comedia titulada: *El Libertino Arruinado*, y los hermosos rasgos del *libertino* hicieron en aquel joven tan grata impresión que juró imitarlo. Algunos de sus amigos le preguntaron si no valia más contentarse únicamente con ser *libertino*, sin ser *arruinado* á lo que él contestó con fogosidad: *no, porque la ruina es precisamente lo que corona su vida*. Por extravagante que esto parezca bajo tal luz, es realmente el caso de esos desgraciados jóvenes, que cautivados con la palabra placer, se sumergen sin gusto ni discernimiento en todos los excesos, y son finalmente *destruidos* bajo todos aspectos (a). Yo no soy un consejero estoico ni te predico para que lo seas á tu edad: te señalo únicamente el camino de los placeres y busco el medio de hacértelos más vivos y penetrantes. Goza de los placeres que sean realmente tuyos y los hallarás gratos, pero no adoptes ninguno; fíate á la naturaleza que te señalará los genuinos. Los placeres sensibles son aquellos que se apetecen; el hombre que se entrega á todos no gusta de ninguno. Estoy seguro de que Sardanápalo no sintió en toda su vida un placer real; sólo las personas que unen las ocupaciones con los placeres gustan de esta grata alternativa. Alcibiades, aunque abandonado á los más vergonzosos excesos, dedicaba cierto tiempo á la filosofía y á los negocios. Julio César

(a) De l'homme à la débauche enclin  
Voici l'image et le destin :  
La passion qui le domine  
Ne connaissant ni loi, ni frein,  
Le jeu, la bombance et Corinne  
Mènent cet insensé grand train.  
Dans cette fougue libertine  
L'argent est bientôt à sa fin ;  
L'argent manque, bijoux en main,  
Chez l'usurier on s'achemine,  
L'usurier mène à la ruine,  
La ruine mène au chagrin :  
Du chagrin la guerre intestine  
Mène à la langueur pas à pas ;  
La langueur à la médecine,  
Et la médecine au trépas.

(D. S.) Tr.

unía con tanta destreza los negocios á los placeres, que unos y otros se sazaban recíprocamente; y aunque se divirtió, halló tiempo para ser casi el mejor orador y ciertamente el mejor general de la república. Una vida de deleite no interrumpido es tan insípida como miserable. Algunas horas destinadas diariamente á los negocios serios, estimulan el entendimiento y los sentidos, y éstos quedan mejor preparados para gozar de las delicias. El glotón insaciable, el loco ebrio, el libertino enervado y podrido, nunca gozan de los placeres á que se abandonan; sus deleites no son más que sacrificios humanos á los dioses falsos (a). Los placeres del vulgo son erróneos, puramente sensuales é ignominiosos; á la vez que los de la buena compañía, sin ser quizá más morales, son más delicados, más refinados, menos peligrosos, menos infames, y según el curso ordinario de las cosas no se consideran como degradantes; en una palabra, el placer no debe ni puede ser la ocupación de un hombre de buen sentido; sólo debe formar, y forma en realidad, su recompensa. Esto es particularmente aplicable respecto á las mujeres que miran con el más alto desprecio á aquellos sujetos que, careciendo de fama y de consideración entre los hombres, pasan todo su tiempo en las *callejuelas* y *tocadores*, y son considerados por ellas como muebles muy viles de que se deshacen cuando pueden hallar otros mejores. Las mujeres eligen sus favoritos más por el oído que por ningún otro sentido; su juicio mismo toma en ello poca parte; el sujeto que ellas oyen alabar más entre los hombres, es al que reciben mejor, porque tal conquista lisonjea su vanidad, y la vanidad es la pasión universal, si no es la dominante. No pueden ellas resistir los rayos que despide un personaje prendado; se precipitan en el peligro con la esperanza del disputado triunfo, aunque su conquista, valiéndome de una expresión vulgar, se reduce á atrapar un Tártaro y ser esclava de su cautivo; *mais c'est leur affaire*. Divide tu tiempo entre las ocupaciones útiles y los placeres elegantes. La mañana parece consa-

(a) Es hombre bajo, es un necio,  
Es vil, es ruin, es infame  
El que solamente atento  
Á lo irracional del gusto,  
Y á lo bruto del deseo,  
Desestimando lo más  
Se contenta con lo menos.

(CALDERÓN DE LA BARCA.) Tr.

grada al estudio, á los negocios y á las conversaciones serias con personas de calidad y de saber. Desde que te sentares á comer comienza la hora á propósito para las distracciones, á no ser que medien algunos negocios importantes que jamás deben sacrificarse á los placeres. En la buena compañía se pone siempre cierto coto á la golosina y las delicias de la mesa, sin ir jamás hasta el exceso ó la borrachera. La comedia, las óperas, los bailes, las cenas, las conversaciones alegres en compañías amables, terminan bien la prima noche. Esta es la vida de un hombre de placer; de suerte que distribuyendo bien tu tiempo y eligiendo tus diversiones con delicadeza, serás idóneo para los negocios y para las sociedades distinguidas. Ya ves que no soy rígido ni exijo que tú y yo seamos de la misma edad; esto mismo debería dar más peso á mis consejos como salidos del seno de un amigo más que del de un padre; pero las bajas compañías, sus vicios degradantes, sus indecentes desórdenes, sus borracheras y su tumultuosa alegría, son cosas que no sufriré ni perdonaré jamás.

Espero que no sólo cuidas de hablar alemán, sino que continúas haciendo progresos en este idioma; ya verás cuán útil te es el día que llegares á manejar los negocios, tanto más cuanto que serás casi el único inglés que pueda hablarlo y entenderlo. Te recomiendo que por donde quiera que encuentres alemanes, les hables en su idioma; en París hallarás multitud de ellos. ¿ Ha llegado á serte familiar el italiano? ¿ Puedes hablarlo con la misma fluidez que el alemán? No puedes tener idea de lo ventajoso que te será en las negociaciones el conocimiento perfecto del italiano, alemán y francés. Si dos hombres de igual talento negocian juntos, aquel que entienda mejor la lengua que se emplea en la negociación sacará infaliblemente la ventaja al otro. La significación y la energía de una sola palabra es á menudo de gran consecuencia en un tratado y aun en una carta.

Un recuerdo á las gracias porque sin ellas *ogni fatica é vana*. Á Dios.

LONDRES, 17 de Mayo de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Tu aprendizaje tira á su fin y muy pronto te verás establecido: el momento es crítico para ti y desasosegado para mí. Un comerciante que quiere hacer buenos negocios debe comenzar por

crearse una buena reputación, tanto de integridad como de buenos modales: sin aquella nadie comprará en su tienda; sin éstos ninguno lo visitará dos veces. Esta regla no excluye los artificios rectos del tráfico: tiene derecho para vender sus efectos al mejor precio posible dentro de ciertos límites: puede sacar partido aprovechándose del humor, del capricho y de los gustos raros de sus parroquianos; pero lo que asegure que es bueno, debe serlo en efecto; lo que afirme seriamente, debe ser verdadero, ó sus primeras ganancias fraudulentas vendrán muy pronto á parar en una bancarrota. Lo mismo sucede en los puestos más elevados y en los grandes negocios del mundo. Un hombre que no establece sólidamente su crédito y que en realidad no merece la reputación de verídico, íntegro, moral y urbano, al comenzar su carrera en el mundo, puede engañar y lucir como un meteoro, pero pronto se desvanecerá y eclipsará en el desprecio.

Fácilmente se perdonan á los jóvenes los extravíos ordinarios de los sentidos; pero jamás se les perdona el menor vicio del corazón, que no mejora con la edad, y aun temo que empeore, endureciéndose cada día más. Un joven mentiroso envejecerá mintiendo, y un joven bribón será un gran pícaro á medida que entrare en años. Mas si un joven que poseyese mal corazón unido con una buena cabeza, cosas que rara vez se combinan, se reformase realmente en edad más avanzada, la persuasión de su locura así como de su iniquidad, tendría siempre viva la sospecha de que esta conversión es sistemática, efecto de la prudencia y de la política y nunca se tendría por sincera. Espero en Dios, y verdaderamente creo, que á ti no te falta ninguna virtud moral; pero la posesión de todas las virtudes morales *in actu primo*, como la llaman los lógicos, no basta; necesitase que las poseas también *in actu secundo*; y ni aun esto es suficiente, porque al mismo tiempo debes tener la fama de ellas. Tu carácter en el mundo debe reposar sobre bases sólidas, ó pronto vendrá por tierra y te envolverá en sus ruinas. Por lo tanto, nunca pecarás de demasiado cuidadoso, exacto y delicado en establecer tu carácter, del cual depende la felicidad de toda tu vida. No permitas que la conversación, el ejemplo, la moda, un *dicho agudo* ó un deseo necio de aparentar que eres superior á lo que la mayor parte de los bribones y de los necios llaman preocupación, te induzca jamás á sostener, excusar, paliar ó reírte de la más ligera brecha que se abra á la moral; antes bien, muestra en todas ocasiones tu disgusto y tu aversión por la carencia de principios. La

rigidez cae bien aquí á despecho de la juventud; en este punto conviene únicamente ser severo á tu edad: pero al condenar los crimines ten cuidado de no injuriar ni mencionar á nadie. Esto se refiere, como fácilmente juzgarás, á los vicios del corazón, como la mentira, el fraude, la envidia, la malicia, la maledicencia etc. y no á las pequeñas fragilidades que provienen de la vivacidad de la juventud. Muy mal sentaría á tu edad que declamases en tono sentencioso contra una galantería, un exceso accidental en la mesa, una trisca, una inadvertencia: no; presérvate de estas cosas tanto como puedas, pero no las censures en los demás; el tiempo, ó bien la reflexión, llegará á corregirlos.

Vamos ahora á tocar un punto menos serio, pero no por eso menos importante á tu entrada en el mundo. Precávete en sumo grado contra la vanidad, flaco común de la inexperimentada juventud; pero particularmente contra aquella especie de vanidad que tacha á un hombre con el epíteto de pisaverde, cuya consagración una vez adquirida es más indeleble que la del sacerdocio. No es posible imaginar por cuán distintos medios destruye la vanidad sus propios designios: tal hombre que decide perentoriamente sobre todas materias, patentiza su ignorancia en muchas y muestra en el resto una presunción chocante: tal otro desea pasar por venturoso con las damas y da á entender que las más distinguidas por su clase y hermosura le han protegido é incitado, y que está en íntima relación con alguna. Si la cosa es verdadera, es una vileza (a); si falsa, una infamia, y en ambos casos destruye la reputación á que aspira (b). Algunos lisonjean su va-

(a) Porque no sé como hay hombres  
Tan vanos, tan arrogantes,  
Que, de que ha habido mujeres  
Que los buscaron se alaben.

(CALDERÓN DE LA BARCA.)

Tr.

(b) Si quelqu'un, bien traité des Belles,  
Fait, des faveurs qu'il obtient d'elles,  
Un trophée à sa vanité,  
Qu'il soit partout si maltraité  
Qu'il n'en trouve que des cruelles.  
Aimer à publier les grâces qu'on reçoit  
Marque ordinairement qu'on le sent comme on doit.  
En amour, c'est une autre affaire:  
C'est le bien ressentir que de le bien céler;  
Et si l'ingratitude est ailleurs à se taire  
En amour, elle est à parler.

(RIGOLEY.)

nidad con causas pequeñas que en nada tocan á su persona, como descender de varones ilustres, ó tener vínculo ó amistad con personas de mérito distinguido y en puesto elevado; hablan continuamente de sus abuelos, de sus tíos (*a*) y de sus íntimos amigos *fulano y zutano*, que quizá apenas conocen. Pero aun admitiendo que todo esto sea cierto, ¿que hay con eso? ¿tienen ellos más mérito por tales accidentes? Seguro que no: al contrario, revistiéndose del mérito ajeno hacen ver la pobreza del suyo: un rico no necesita pedir prestado. Ten por segura esta regla que nunca falla: no afectes jamás las cosas en que pensares lucir; la modestia es el cebo más seguro para pescar alabanzas. La afectación del valor sólo sirve para hacer pasar á un valiente por fanfarrón, como la manía de bello ingenio hace pasar por fatuo á un hombre de talento. Por esta modestia no quiero dar á entender una timidez ridícula ni una vergüenza mal entendida; al contrario, muéstrate firme y resuelto, calcula lo que vales y obra en consecuencia; pero ten cuidado de que ninguno te crea muy bien impuesto de tu propio mérito, que sea el que fuere, lo descubrirán las gentes, y éstas ponderan siempre sus propios descubrimientos á la vez que rebajan los de los otros.

Por Dios que medites todas estas cosas antes de lanzarte en el océano de París. Recuerda todas las observaciones que tú mismo hubieres hecho sobre los hombres; compáralas y combínalas con mis instrucciones y obra entonces sin desviarte nunca de este sistema. Forma desde ahora tu plan, que después podrás extender y mejorar con tus propias observaciones y los consejos de aquellos que nunca pueden tratar de engañarte; quiero decir, M. Harte y yo.

LONDRES, 24 de Mayo de 1750.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí ayer tu carta de Nápoles de 7 del actual, y veo que has recorrido el lugar como hombre clásico, crítico y virtuoso. Has

(a) Fussiez-vous issu d'Hercule en droite ligne,  
Si vous ne faites voir qu'une bassesse insigne,  
Ce long amas d'aïeux que vous diffamez tous,  
Sont autant de témoins qui parlent contre vous.

(REGNARD.) Tr.

hecho muy bien, porque todo lo que es digno de verse debe ser bien visto y mejor de lo que suele hacer la mayor parte de los hombres. Es una excusa pobre y frívola decir, cuando se habla de algún objeto curioso; *lo vi, pero en verdad no me acuerdo bien de él*. ¿Para qué pues, se ha de ir á ver una cosa si no se ha de fijar en ella la atención? Ahora que te hallas en Nápoles debes pasar tu tiempo, *da garbato cavaliere* y hombre de honor, en la corte y en las mejores sociedades.

M. Harte me dice que te vistes con el más suntuoso aparato, como corresponde á un joven distinguido, sobre todo en países extranjeros, en donde el aderezo se halla generalmente á la moda. No sólo debe atenderse á la belleza de los vestidos, sino á llevarlos bien, porque si un hombre muestra que se ocupa mucho de sus hermosos vestidos y deja ver al mismo tiempo que le embarazan, infunde la idea de que no está acostumbrado á tanto lujo.

Te agradezco y estoy impaciente por ver el cuadro que me has dedicado; pienso colocarlo en una nueva galería que he mandado construir en Blackheath; pero mi impaciencia es todavía mayor por otra copia que me hace fuerza no haber recibido aún, quiero decir, tu retrato, que si se tratase de cuerpo entero, no creo que llegase á tener las dimensiones del dibujo tomado del Dominiquino, que dices podrá tener unos ocho pies de alto; creo que tú eres, así como yo, de la familia *Piccolomini* (*a*). M. Bathurst me dice que cree eres más alto que yo; si es así, llegarás fácilmente á cinco pies y ocho pulgadas. Me conformaría con que tuvieses esta talla, aunque deseo verte llegar á cinco pies y diez pulgadas; y en verdad, ¿qué no desearía yo para verte alcanzar la perfección en todo? quiero decir, una tendencia á ella, porque la perfección real no existe en la naturaleza humana, de

(a) El autor deseaba tener dos pulgadas más de estatura. Cuando regresó de la Haya en 1729, después de haber hecho á su patria servicios muy importantes en aquella corte, el primer ministro R. Walpole le dijo « Vous venez avec l'espoir d'être secrétaire d'État? — Non pas, » répondit Chesterfield, je n'ai aucune inclination, je vous jure, pour » des fonctions si assujétissantes: ma seule ambition est la Jarretière » que le roi m'a promise quand il n'était encore que Prince de Galles. » Je ne suis qu'un homme de plaisir, et je trouve que ce cordon bleu » m'irait à merveille; cela ne peut manquer de donner à ma taille deux » pouces de plus dont elle a besoin. » — Pocos días después se concedió al autor la Jarretera.

Tr.